

Los disfraces del Diablo, diferentes visiones en impresos populares

CLAUDIA CARRANZA VERA
El Colegio de San Luis

Desde sus inicios, la imprenta popular se nutrió de géneros que eran del gusto del público y de temas que resultaran llamativos para sus lectores. Los también llamados pliegos de cordel, romances de ciego, hojas sueltas, tuvieron una amplia difusión desde el siglo XVI, se mantuvieron hasta mediados del XX en España y también proliferaron en otros países como México, Argentina y Brasil. Estos folios, de bajo costo editorial y, por lo mismo, de fácil acceso para la población, que los consumía como un medio de entretenimiento, contenían obras de todo tipo, una gran parte de ellos verdaderos tesoros para los estudios literarios, culturales, históricos. Para la literatura tradicional, en particular, estos pliegos han sido un inagotable recurso para el conocimiento de la lírica popular, la tradición oral e incluso para la recuperación de relatos que provenían de la oralidad o de tradiciones de leyendas y cuentos que se transmitían en diferentes formatos, tal sería el caso con los pliegos que citaré a continuación.

Es un hecho que el formato dio lugar a millares de historias con argumentos extraordinarios, maravillosos y sobrenaturales, y que uno de sus principales protagonistas fue el Diablo y su corte infernal. En este artículo me gustaría resaltar solamente algunos ejemplos provenientes de pliegos de los siglos XIX al XX, provenientes de España en su mayoría y un caso de México. Los documentos tienen en común la aparición del tópico del disfraz en historias sobre demonios disfrazados y hombres disfrazados de diablos. Me interesa destacar, en cada una de estas historias, la estética del desenmascaramiento, así como su empleo en los

impresos populares para generar una reacción en el lector o escuchador de estos textos.

Máscaras de Diablo

El disfraz y la máscara son objetos con una enorme “potencia mágica” a decir de Chevalier y Gheerbrant, en tanto se convierten en espacios protectores frente a los brujos y los monstruos. Son, asimismo, “instrumentos de posesión” que pueden otorgar a quien los lleve cualidades de la entidad representada. Es frecuente que los hombres se vistan como seres sobrenaturales con la intención de engañar o evitar a la muerte, al mal o a otro humano. La máscara se emplea con funciones rituales o lúdicas que en el fondo intentan movilizar las “energías espirituales dispersas por el mundo”, tanto de luz como de oscuridad. El poder, y también el peligro del disfraz, es el que puede llamar a presencias ajenas, generando una duplicidad en una sola persona que podría provocar la absorción de la parte de más débil; entonces la que fuera en un principio protectora “se convierte en amo” (Chevalier y Gheerbrant, 2009, s.v. ‘máscara’, 697). Por esta razón, son constantes las advertencias sobre el peligro de fundirse con la entidad que usa el disfraz, así como la enumeración de ritos de protección para evitar la posesión de la entidad que se encarna al ponerse la máscara. Esto me lo confirmaba una estudiante de Michoacán cuando me relataba que en Zenzénguaró se advertía constantemente sobre las máscaras de Diablo que se usan en las fiestas. Quien se disfrace de este personaje “no debe andar solo porque se le aparece el verdadero y que tiene que salir tres años, porque si no, se apodera el Diablo de ellos”. Esta forma de prevención parece inevitable, porque cada fiesta de Diablos es una manera de evocar y también de exorcizar al maligno.

El disfraz de Diablo es, como ya se apuntaba, un tópico constante en la literatura tradicional. En los cuentos se convierte en una herramienta eficaz para que los héroes alcancen sus metas, ingresen a espacios prohibidos, pasen inadvertidos y descubran

verdades ocultas. Los episodios en los que se involucra el disfraz mueven a risa, al suspenso e incluso al horror. Un ejemplo del tópico en los relatos jocosos se encuentra en las diferentes versiones del cuento de “El compadre rico y el compadre pobre”. Un hombre que se ve obligado a pasar la noche en el campo se encuentra con unos bandidos que le permiten descansar cerca de su fogata. Antes de dormir, el protagonista se pone una chaqueta y una máscara adquiridas en el mercado. A la mitad de la noche:

Despierta uno de los ladrones y como él ya se puso la máscara y se puso la chaqueta lo ven con la máscara prieta y con cuernos y, pintado de rojo.

Entonces uno de los ladrones despierta a uno de los demás y al mismo tiempo despiertan todos y dicen: —Ay, ¡el Diablo!

Y empiezan todos a correr. Corren todos y dejan todo allí. Y enseguida ese va detrás de ellos, que dizque diciendo también ¿dónde está el Diablo? Y entre más los ladrones van corriendo, él también sigue detrás de ellos siguiéndolos. Una vez que ya no puede alcanzarlos, que llega allá todo lastimado y, pos con los guaraches, porque ya los guaraches ya, se le habían rotpido las correas. Entonces se queda allí pensando.

Dice: —Pos, pos ahora que me acuerdo — dice — que soy el Diablo.

Dice: —Estos se asustaron conmigo.¹

El engaño producido no es intencionado, pero termina beneficiando al protagonista de la historia que se queda con lo que los ladrones han dejado tras en su huida. El cuento tiene una larga tradición que comentaremos en otro trabajo.

Otro ejemplo de los cuentos jocosos en los que se involucra al disfraz se encuentra en el siguiente relato, en el que el disfraz sirve como medio para escapar al compromiso establecido en un pacto con el demonio. En este caso, la esposa del pactante plantea

¹ Contado por don Emeterio Medina, de Chupaderos, Rioverde, San Luis Potosí, al grupo de la Maestría en Literatura Hispanoamericana de El Colegio de San Luis en trabajo de campo realizado en noviembre de 2018.

un reto al Diablo, quien es un conocido amante de los juegos, y a partir del ingenio consigue la salvación de su marido:

– Bueno, tú que eres tan diablo, ¿de veras eres el demonio?

– Sí, yo soy el Diablo.

– Entonces, para que me puedas llevar, me tienes que adivinar qué clase de animal es el que tengo. Yo te enseño.

– Pues sí, acepto.

– Tal día vendrás.

– Yo conozco toda clase de animal, ¿cómo no voy a reconocer a ese?

Pasó el tiempo convenido y el animal ya estaba en la habitación.

El hombre le dijo:

– Ve a ver qué animal es aquel, y me llevarás contigo enseguida.

Pues que entra el Diablo y dijo:

– Bueno, pues, ¿qué animal es este? No es león, ni tigre, ni elefante. ¿Qué animal será? Este tiene la boca así a lo largo, ¿pues qué es?

El Diablo anduvo alrededor del animal y no, no acertaba. Pues que era una señora quien andaba a gatas con el cabello largo hacia la espalda entre el trasero. Entonces el marido le ordenó a la esposa:

– ¡Ya levántate!

Y le dijo al Diablo:

– Tú dijiste que eres el demonio y que todo lo conoces.

– ¡No! ¡Dios, Dios, este es más Diablo que yo! Exclamó el Diablo.

– Que se fue y siempre no se lo llevó.

(Cárdenas Fernández, 2003: 371-372)

La literatura de cordel explotó de diferentes modos los relatos de hombres disfrazados de demonios, muchos de ellos, episodios cómicos y otros con una conclusión terrorífica. En el primero de los casos se encuentra un impreso que circuló bajo el título *El demonio de Alcira: chiste*.² Este pliego del siglo XIX reproduce un

² Los datos de los impresos que citaremos a lo largo del presente estudio se exponen en la sección de la Bibliografía, en el apartado de “Documentos”. Aquí los citaremos, cuando sea necesario, empleando las primeras palabras del título. La mayoría de ellos

cuento de larga tradición y que se encuentra en diferentes versiones en las recolecciones de cuentos medievales con una enorme profusión en los cuentos tradicionales de los Siglos de Oro: una variante de la historia del engaño y la burla al amante.³

Este pliego cuenta la historia del aprieto en que se encuentra un matrimonio cuando, de manera impetuosa y en un arrebato de ira, el marido responde al alcalde con una blasfemia: “Yo, ¡un demonio prometo! Será la respuesta cuando el funcionario pregunta cuál será el compromiso de la familia para la fiesta de san Bernardo. Lejos de darse por aludido el alcalde da una instrucción a sus acompañantes: “Apunte, escribiente, / un demonio que el señor promete”.

El dueño se da cuenta de su imprudencia cuando le recuerdan este compromiso, y pide apoyo a su mujer para salir del problema. La esposa da con la solución con una salida ingeniosa. Esto ocurre en la iglesia, cuando el sacristán trata de enamorarla.⁴ Ella invita a su casa al pícaro advirtiéndole al marido que llene un arca de plumas y entre a su señal en la casa. Una vez desnuda la víctima, el esposo ingresa y el sacristán se esconde en el arca asustado. La mujer entonces:

Puso al fuego un gran perol de cola,
y por una raja
que tenía en la cubierta del arca
la fue derramando,
y el pobre sacristán clamando
porque se quemaba.

Por el arca, tantas vueltas daba,
que se vio obligado
a volverse por el otro lado:

pueden ser consultados en línea. En todos los casos, se mantienen las grafías originales y se moderniza la puntuación para mejorar la comprensión del documento.

³ Acerca de la profusión de este motivo, véase Chevalier, 1999.

⁴ Recordemos que el religioso es uno de los amantes por excelencia en la literatura popular. Al respecto, léase López Ridauro, 2007.

Mientras más rodaba,
más las plumas se agarraban.
Y por su torpeza,
fue emplumado de pies a cabeza.

El amo lleva el arca ante el alcalde asegurando que con ella pagaba la deuda del demonio prometido. Enseguida, se publicó un bando para invitar a los vecinos a ver este prodigio. Al abrir la caja en el medio de la plaza, salió el sacristán:

Y corriendo por aquella plaza
lo mismo que un galgo,
las gentes decían: allá va el Diablo.
[...]
Como era velludo
y él hacía emplumado desnudo
tan rara figura,
le silbaban que era una hermosura.

Y el Diablo aturdido
con los gritos y tantos silbidos,
salió de la plaza
y al galope se metió en su casa.
Y entre las vecinas
le pelaron como gallina.

La conclusión es, pues, cómica. Aunque al final se da una moraleja ejemplar, “sirva de escarmiento”, no es este el fin del pliego que explota los motivos del engaño, el disfraz y el desenmascaramiento al sacristán, quien se convirtió en víctima involuntaria a partir del aprieto en el que se encontraba el matrimonio.⁵

Un caso didáctico se puede encontrar en un pliego de cordel de finales del siglo XVII. Se trata de la historia de un sacerdote que, estando disfrazado de Diablo por las fiestas de Carnestolendas, se

⁵ Con respecto a estos motivos, así como al del disfraz y rebajamiento, véase Cándano (2000: 153-161).

niega a quitarse el disfraz ante el paso del Santo Sacramento, arguyendo que el Maligno no se humilla ante nadie. El castigo es terrible pues termina fusionándose con el personaje al que celosamente trataba de interpretar.

Permitió la Omnipotencia
divina que se quedara
hecho diablo, de tal forma,
que de verlo espanto daba,
para que todos supieran
que con Dios no sirven chanças.
Y para mayor prodigio,
la máscara que llevaba
se le unió a su mismo cuerpo.
Y la piel, como de cabra,
enerizado su pelo
y al consiguiendo las hastas,
no muy largas, retorcidas;
la cola cerdosa y larga.
En todo un propio demonio,
porque lo que le faltaba
a la máscara, fue cierto,
eran las uñas y barbas;
promptamente le nacieron
en todas las quatro garras.
(*Nuevo y portentoso romance...*, vs. 135-144)

No ahondaremos mucho más en este pliego, baste decir que, en este caso, el personaje revela su calidad demoniaca a partir de su transformación. La descripción de la metamorfosis, basándose en elementos animales, cubre una de las características que se otorga al demonio: entidad que se reconoce por tener un aspecto híbrido, con elementos antropomórficos en el que se mezclan diferentes bestias. Adquiere así una apariencia monstruosa. Baste decir que este pliego expone los temores esenciales con respecto al peligro de las máscaras, como se mencionaba al inicio de este apartado.

Máscaras de hombre

No solamente los humanos se disfrazan para engañar al Diablo. El Maligno es, a su vez, reconocido por los disfraces con los que, tanto él como otros demonios, se entremezclan fácil, y en ocasiones, gozosamente con otros seres humanos. Estos personajes son cercanos a nosotros y en muchos relatos llegan a ser, más que instigadores, cómplices, aliados e incluso esclavos de héroes o *tricksters*. En la literatura judeocristiana, el demonio suele emplear disfraces con el fin de lograr la perdición de los hombres, y por esta razón la literatura judeocristiana con frecuencia alertaba sobre la posibilidad de enfrentarse a la entidad sin saberlo.

En la literatura tradicional y culta —aunque en estos temas la última abrevaba de la primera—, multitudes de diablos se esparcen por el mundo con disfraces de santos, ángeles, frailes, monjes, monjas, así como de predicadores, curas, reyes; estos personajes recurren a la imagen de hermosísima doncella, y en ocasiones también de guapos caballeros con la intención de promover el deseo en los mortales. Este tipo de presencias puede dar lugar a situaciones cómicas como la que se produce en el siguiente relato que cuenta el criado Cosme a su amo en la obra calderoniana *La dama duende*:⁶

Cosme En forma de una doncella
 aseada, rica y bella,
 a un pastor se apareció;
 y él, así como la vio,
 se encendió en amores della.
 Gozó a la Diabla, y después
 con su forma horrible y fea
 le dijo a voces: “¿No ves,
 mísero de ti, cuál sea,
 desde el copete a los pies,
 la hermosura que has amado?”

⁶ Sobre este cuento, véase Cilveti, *El demonio...*, p. 37.

Desespera, pues has sido
 agresor de tal pecado".
 Y él, menos arrepentido
 que antes de haberla gozado,
 le dijo: Si pretendiste,
 ¡oh sombra, fingida y vana!
 que desesperase un triste,
 vente por acá mañana
 en la forma que trujiste:
 vérasme amante y cortés
 no menos que antes después.

Este cuentecillo se corresponde con la creencia en los demonios íncubos y súcubos que tomaban la forma de hombre o de mujer para tener relaciones con los humanos.⁷ También hace un guiño al lector del momento, que entendía que los pastores tenían una fama bastante cuestionada sobre sus gustos amorosos y posible zoofilia.

La mayor parte de estos relatos, sin embargo, tiene un fin admonitorio, diferentes colecciones de *exempla* tienen casos como el que recoge el rey don Sancho, sobre un ermitaño que recibe a una muchacha en su casa; poco después le da entrada a su cama y la muchacha se transforma: "el diablo saltó ençima de vna viga en semejança de cabrón e començó a reyrse a grandes risadas e fazié escarnio del hermitanno. [...] E el diablo le dezié: "Mesquino, para mientes cómmo te sope yo engañar e cómmo te fiz perder en vn ora los treynta annos que has pasados" [*Castigos*, pp. 177-78].⁸

⁷ El motivo de la seducción de los demonios gozó de especial predilección en los siglos XVIII y XIX, y prueba de ello son algunas importantes novelas, como la del *Diablo enamorado*, de Cazzote, o *El Monje*, de Lewis, en las que se crearon personajes verdaderamente terroríficos y seductores a la vez.

⁸ Sobre este episodio, la investigadora señala: "La "muger muy fermosa e muy ninna" era el mismísimo demonio... y el diablo era, precisamente, la niña. Esta es la concepción más negativa posible que se puede tener de la mujer, y es una imagen más o menos común en el Medievo" (Cándano, 2002).

En otro caso que considero interesante citar por la respuesta que se tiene ante el desenmascaramiento, el Diablo se aparece a san Martín con la pretendida identidad del mismísimo Jesucristo; cabe resaltar la complejidad del disfraz empleado por el Maligno:

le apareció vna vegada el diablo en manera de rey, vestido de pannos de peso e con corona de oro en la cabeça e calças de oro e con alegre cara. E callando ambos grand pieça, dixo el diablo: Martín, concóme que yo soy Ihesu Christo a quien tu honrras, e queriéndote bien guardar vine aquí. E marauillándose désto Sant Martín dixo el diablo otra vegada: Martín, ¿crees esto que te yo digo, que yo soy Ihesu Christo? E mostrándogelo el Spíritu Santo dixo Sant Martí: El mi Sennor Ihesu Christo non anda vestido de pannos de oro, nin de púrpura, nin dixo que vernía con corona de oro resplandesçiente. E yo non creo que veniese el mi Sennor Ihesu Christo sy non en aquella forma que tomó la muerte en la cruz. E oyéndolo el diablo desapareció e quedó grand fedor en aquella celda.

Por lo regular, este tipo de historias corresponde con el siguiente esquema, aunque no necesariamente en el mismo orden:

- 1) Encuentro. Un hombre o mujer se topa con un personaje que tiene ciertas cualidades o apariencia (mujer bonita, religioso de apariencia inocente, etc.), que por lo regular provocan el interés o curiosidad del primero.
- 2) Ingreso. Una motivación permite que los protagonistas se acerquen e incluso den entrada a las entidades, que hasta ese momento tienen una figura engañosa.
- 3) Desenmascaramiento. La entidad sobrenatural se revela ante la persona de acuerdo con los tópicos demoniacos; esto es: presenta características no humanas, casi siempre de animales salvajes; o bien, se transforma, intencionalmente o no, en una entidad híbrida; o muestra una conducta escandalosa, iracunda la mayor parte de las veces; o realiza una acción sobrenatural, como desaparecer para dejar un olor fétido en el sitio; esto lo deja al descubierto o permite reconocer su origen.

El desenmascaramiento provoca un giro en el desarrollo del relato. Si el hombre/mujer confronta y desenmascara al Maligno, se crea una situación de ventaja sobre el oponente que por lo regular será vencido; así ocurre cuando san Martín confronta al Maligno. En cambio, cuando es el Diablo quien se revela frente al pecador y lo enfrenta, el elemento sorpresa jugará en contra de la víctima.

Ahora bien, cuando el protagonista no responde con temor o sorpresa, su respuesta puede ser cínica y como ocurre con el pastor del cuento de Cosme, “se provoca el mecanismo del “tiro por la culata”, pues “precisamente *en virtud de tal artificio*, las cosas resultan a la inversa, se tiene una situación cómica” para el diablo (Cándano, 2000: 196).

La respuesta de fortaleza, como es el caso de san Martín, provoca que la postura de quien enfrenta al Diablo sea heroica. Si, en cambio, la víctima responde con miedo al momento de la revelación, el personaje demoniaco obtiene el resultado previsto. El relato entonces puede calificarse de terrorífico. Tomando en cuenta que la imprenta popular solía atribuirse una función didáctica, es natural que este fuera el tipo de relatos que se difundieran con mayor frecuencia en los pliegos. Comentaremos dos modelos en los cuales se impulsa el mecanismo antes comentado.

La seducción

Historias de seducción, como la que relatara Cosme a su amo, se asocian con el motivo del Diablo disfrazado y también con el que también fue frecuente en España de la dama tapada. En las historias reproducían muchas veces los encuentros de hombres trasnochadores con mujeres que por detrás se veían hermosas. El hombre las seguía solamente para descubrir que su cara era la de una calavera.

Estas historias se mantienen en las leyendas actuales de diferentes países. En México, por ejemplo, se encuentran dos personajes con estas características; La Llorona y la *Xtabay* descubren,

en sus encuentros con los hombres, una espantosa cara de calavera, de mula o de caballo (cfr. Granados, 2013: 133-142).

Con respecto al motivo que nos interesa, hoy en día en México se repiten leyendas en las que el demonio acude a los bailes para invitar a bailar a las muchachas (véase Ramírez González: 2014 y 2017). Tarde o temprano se descubre su identidad, ya sea por interés del oscuro personaje para darse a conocer a su víctima y en ese momento también castigarla, o llevarla al infierno o porque quienes bailan con él reconocen un elemento animal detrás de su disfraz.

No es de extrañar, tomando en cuenta lo que gustan estas historias, que se publicara un relato como el *¡¡Ejemplar acontecimiento!! Un espíritu maligno en figura de mujer bonita* en la casa editorial Vanegas Arroyo.



¡¡Ejemplar acontecimiento!! Folio 1.

La hoja suelta a la que nos referiremos fue publicada en 1910 en México. Cuenta en prosa lo que ocurrió a Miguel Gómez, de 17 años, originario del estado de Chiapas. El protagonista cumple uno de los requisitos de estas historias: “gustaba mucho pasear por las calles muy a deshoras de la noche, pero siempre solo”. Este tipo de conductas adelantan el desenlace que ya se anunciaba desde el título del pliego. En primer lugar, el encuentro inesperado con un ser de determinadas cualidades:

En una de tantas noches que paseaba por los arrabales de la ciudad y ya como a las doce, mira repentinamente a una joven hermosísima, vestida de rojo terciopelo y cubierta la espalda con un chal negro de seda finísima; su talle era estrecho y toda ella era muy bien formada; su cara era bella, como ninguna había visto, chapeada, con ojos grandes y muy negros, sombreados de largas pestañas rizadas, las cuales tocaban sus delgadas cejas negras, también su boca era chica y roja. La nariz irreprochable; en una palabra, no tenía defecto físico, agregando a esto su espesa y lustrosa caballera peinada con esmero y adornada con un listón también rojo.

La descripción de la mujer cobra un papel importante para la tensión narrativa, el color rojo de su atuendo podría verse como un indicio para el protagonista sobre la identidad de su interlocutora. Sin embargo, Miguel no hace caso al anuncio y, como ocurre en otras historias similares, no se arredra ante una situación que se aprecia como ominosa.

La literatura de cordel se reconoce por un estilo hiperbólico que, en estos casos, refuerza la tensión narrativa, tanto en el personaje como en el lector. Aquí, el desenmascaramiento es situacional. El personaje empieza a sentir temor al ser llevado a un sitio que él desconoce:

Y anduvieron calles y calles y más calles, pero Miguel ni lo sentía. Se vieron por último en campo y ya próximamente al amanecer. La oscuridad era completa y el silencio era lo mismo; llegaron abrazados y besándose en la boca, a una especie de montaña; después, alumbrados por un cerillo que prendió él para fumar, divisó

una caverna negra. —“Aquí es mi casa, dijo la muchacha, entremos”. Miguel comenzó a sentir miedo y tembló.

Es también característico en estos pliegos, permitir la entrada de diálogos que por supuesto intensifican el drama del momento. Las descripciones se mantienen en una escena que resalta por sus colores:

¿Por qué te estremeces? Le preguntó ella ¿Tienes temor? —No, respondió él, lo que tengo es frío —Pues ahora verás qué bien te calentarás. Entra. Miguel resistióse, pero ella de un tirón lo introdujo en su caverna. ¡Qué espantosísimo cuadro se presentó a Miguel! ¡Qué calor jamás experimentado! Llamadas verdes y rojas llenaban la caverna y un olor penetrante de azufre, grandes cantidades de diablos feroces e incandescentes iban y venían, dando horribles alaridos, hablando picardías y con desesperados golpes se azotaban en el suelo, que hecho lumbre hervía, oyéndose además ensordecedores truenos. Miguel, muerto de susto sólo pudo preguntar: ¿Pero qué es esto? —El infierno, contestaron un millón de voces a la vez.

La revelación inicia a través de la descripción del lugar, sin embargo, el momento que parece más terrible es cuando la hermosa muchacha que acompañaba a Miguel Gómez se desprende la máscara:

La joven bonita, novia de Miguel se transformó en horroroso diablo. ¡Era Lucifer! El cual le dijo: “Tú has deshonrado a muchas jóvenes y has sido vicioso en mujeres, por lo cual me gustaste. Ya estás aquí eternamente”. Y a remolque se lo llevaron un montón de condenados para darle tormentos.

La situación es abrupta, se mantiene silencio con respecto a la reacción del protagonista, quien ya había mostrado temor al entrar a la oscuridad de la cueva, espacio por otra parte, que se ubica en la tradición como entradas posibles al inframundo (Ramírez González, 2017). Su silencio, por tanto, parece más terrible pues pone

de manifiesto la sorpresa del personaje, y por tanto la inexistencia de una respuesta, lo que sin duda expone la total ausencia de esperanza. Es así como se produce un efecto terrorífico y por lo mismo, sin duda, aleccionador para el lector del pliego.

En este pliego es posible observar el mecanismo: la seducción, la trampa y el desenmascaramiento de la entidad, todos estos elementos dan al relato un matiz terrorífico, aleccionador para el lector.

El Pacto

El último ejemplo que trataré es un impreso publicado en las primeras décadas del siglo XIX en España. La historia lleva por título *El que llevó al Diablo a cuestras*.

El protagonista de esta historia es un hombre mujeriego y jugador. Pierde, por tanto, todos sus bienes:

Quedó, en fin, pobre y desnudo,
sin alivio y sin amparo
de nadie pues, en su vida,
a nadie hizo agasajo.
Salióse de la ciudad,
maldiciendo y blasfemando,
pidiendo favor y ayuda
al Demonio, su abogado.

La historia, según podemos apreciar, gira en torno al pacto con el demonio. Emplea los tópicos y motivos frecuentes para estos relatos: la desesperación, la blasfemia, el trato con el maligno; presenta una estructura frecuente en la tradición y que en los pliegos de cordel parece casi formulaica.

Al llamado del hombre desesperado acude un pequeño demonio que se ofrece a solucionar sus problemas a cambio de dos años de servicios. En este caso, el personaje se da a conocer desde el inicio:



El que llevó al diablo a cuestas.

Aparecióse el perro,
cruel enemigo malo,
en la forma de un chiquito
como de edad de seis años.
Corcobado era en efecto,
mal dispuesto y mal trazado,
sin cejas, y lagañoso,
y, por fin, cara de diablo.
Con la cabeza raída
pues él siempre ha sido calvo,
y con un casquete negro,
que cubría sus engaños.
Vestido de paño tosco,
y una mochila a su lado,
dando a entender que era pobre,
y él no vivía engañado,
pues harto pobre quedó
por su soberbia el malvado.
Las piernas que este tenía
eran como medio palmo,

los pies eran de León,
y lo mismo eran sus manos.
Preguntóle: ¿Qué me quieres?
Que estoy siempre a tu mandado:
yo soy el Demonio a quien
a voces estás llamando.

El acuerdo involucra llevar en sus hombros al diablillo bajo la farsa de que se trata de un niño inválido: “solamente pedirás / la limosna que te mando / para esta criatura / baldada de pies y manos”. Se impone la condición de evitar mencionar a Dios o de asistir a lugares de peregrinación. El disfraz funciona de maravilla durante un tiempo; las limosnas que reciben son numerosas porque el diablillo inspira lástima a los transeúntes: “así como lo veían / todo el mundo le iba dando / limosna de tal manera, / que el ver aquello era un pasmo”.

Para fortuna del muchacho, y mala suerte del diablo, siete días antes de que concluya el trato, el demonio es descubierto por un religioso franciscano; el pliego cuenta:

Llegóse a la portería
del Convento el desdichado
con el demonio en los hombros
porque jamás lo ha dexado.
Tocando la campanilla
por tres veces ha llamado,
saliendo el padre portero,
limosna le ha demandado
para mantener aquel
que en sus hombros va cargado.
Pero el Santo Religioso,
por auxilio soberano,
conoció, que era Demonio
el que traía colocado....

La revelación, de este modo, se da ante una tercera persona que es quien exorciza al Maligno. Como decía más arriba, cuando

el elemento sorpresa se subvierte da ventaja a la víctima y le permite librarse del pacto realizado. La conclusión es feliz para el joven, no tanto para el Diablo.

En este pliego como en el anterior, podemos ver un mecanismo muy claro que involucra al disfraz y la revelación, involuntaria esta vez, del Diablo. Lo que me parece interesante resaltar es que, a diferencia del relato donde el encuentro implica seducción, en este caso las condiciones del desenmascaramiento cambian: el demonio es descubierto por los religiosos y ello, hasta cierto punto, le quita el control sobre el mortal que ha apresado. Podría concluirse, por tanto, que quien tiene el control sobre el disfraz, es decir, sobre la información, es quien logra vencer en estos relatos.

Cierre

Desde sus inicios, los impresos populares repitieron argumentos actualizados solamente por algunos datos como el lugar, fechas concretas de lo ocurrido, nombres, etc. En sus historias, podemos apreciar una narrativa no siempre pulida, muchas veces exagerada y repetitiva; se puede decir, sin embargo, que existe una estructura que obedece, en primer lugar, al tipo de historia que se cuenta y en segundo, a los elementos que construyen el relato.

En las historias que parten del motivo del disfraz del Diablo descubrimos tradiciones diversas, versiones de cuentos medievales y de *exempla*, algunos casos que dieron lugar a nuevas leyendas. Sin embargo, hemos querido dar mayor realce al desarrollo de estas historias, de manera que hemos subrayado dos posibles salidas a partir del giro que tome el relato en un punto concreto: la revelación o el desenmascaramiento pueden conducir al horror o a la risa de acuerdo, en primer lugar, el empleo narrativo de los tópicos, pero, sobre todo, de acuerdo con el poder que tengan los propios personajes sobre la información o el secreto de quién porta la máscara. La máscara cobra, de este modo, un peso simbólico a partir de su interpretación.

Cierro señalando que uno de los elementos más interesantes de los pliegos es que se disfrazan de historias simples, con enseñanzas que los justifican, pero gozan diabólicamente con la seducción de sus lectores, y esta seducción se da a través de sus imágenes, de sus palabras, de lo que en la imaginación de quienes los escuchaban ocurría, de quienes hoy los siguen leyendo.



Fábulas de Lafuente.

Bibliografía consultada

- CÁNDANO, Graciela, 2000. *La seriedad y la risa. La comicidad en la literatura ejemplar de la Baja Edad Media*. México: UNAM-IIFL.
- _____, 2002. "El diablo toma la forma de mugier por que a los buenos pueda enpesçer una faceta de la mujer en la literatura ejemplar" *Memorabilia: boletín de literatura sapiencial*, 6. Consulta en línea en <http://parnaseo.uv.es/Memorabilia/Memorabilia6/Candano/menu.htm> (consultado el 12 de diciembre de 2019).
- CÁRDENAS FERNÁNDEZ, Blanca, 2003. *Los cuentos en lengua p'orhé: un punto de vista sociocrítico*. Morelia: Universidad Michoacana

- de San Nicolás de Hidalgo/ Crilaup / Presses Universitaires de Perpignan.
- CILVETI, Ángel L., 1977. *El demonio en el teatro de Calderón*, Valencia: Albatros.
- CHEVALIER, Jean y Alain GHEERBRANT, 2009. *Diccionario de los símbolos*. Barcelona: Herder.
- CHEVALIER, Máxime, 1999. *Cuento tradicional, cultura, literatura (siglos XVI-XIX)*. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- GRANADOS, Berenice, 2013. "Xtabay y La Llorona: vestigios de entidades K'uyel mesoamericanas en la narrativa de la tradición oral". En *Variación regional de la narrativa tradicional de México*. México: El Colegio de México/ El Colegio de San Luis, 133-142.
- LÓPEZ RIDAURA, Cecilia, 2007. "Tres eran, tres... Adúlteras y cornudos en la lírica popular". En *Lyra mínima. Del cancionero medieval al cancionero tradicional moderno*, Aurelio González, Mariana Maser y María Teresa Miaja, eds. México: El Colegio de México/ El Colegio de San Luis, 290-291.
- RAMÍREZ GONZÁLEZ, Martha Isabel, 2014. "El diablo encarnado: la representación del diablo en leyendas tradicionales de México". En *Temas y motivos en formas narrativas de la literatura tradicional de México*, Claudia Carranza Vera y Mercedes Zavala Gómez del Campo, eds. San Luis Potosí: El Colegio de San Luis, 155-165.
- 2017. "El diablo en su sitio. Tópicos espaciales y trasfondo simbólico en leyendas sobre el diablo de la tradición guana-juatense". En *Del inframundo al ámbito celestial. Entidades sobrenaturales de la literatura tradicional hispanoamericana*, Claudia Carranza Vera y Claudia Rocha Valverde, eds. San Luis Potosí: El Colegio de San Luis, 67-79.
- REDONDO, Augustin, 1995. "Le diable et le monde diabolique dans les relations de sucesos (Espagne, 1ère moitié du XVII^e siècle)". En *Enfers et damnations dans le monde hispanique et hispano-américain*, Annie Molinié-Bertrand y Jean-Paul Duviols, ed. París: Presses Universitaires de France, 131-158.

Impresos

¡¡Ejemplar acontecimiento!! *Un espíritu maligno en figura de mujer bonita*, 1910. Imp. de A. Vanegas Arroyo. 2a. de Sta. Teresa núm. 43, México, Abril de 1910. Consulta en línea: http://ipi.humanidades.unam.mx/ipm/w/%C3%8Dndice:EABonita.djvu#tab=Folio_representativo

El demonio de Alcira: chiste. Madrid: Imp. Universal de F. Hernandez, calle del Oso, 21, Loc. British Library, Item no. T148 in volume 12330.l.22.v6. Consulta en línea: <https://cudl.lib.cam.ac.uk/view/PR-12330-L-00022-V6-00148/1>.

El que llevó al diablo a cuestras. Córdoba: En la imprenta de don Rafael García Rodríguez, calle de la Librería; con licencia en Córdoba. Loc. British Library, Item no. T30 in volume 11450.h.5. Consulta en línea: <https://cudl.lib.cam.ac.uk/view/PR-11450-H-00005-00030/1>

Fábulas de Lafuente (Aleluya). Madrid: Imp. de Llorens, Palma de Sta. Catalina, núm. 6. Loc. Cambridge University Library, Item no. 126 in volume Tab.b.724., Consulta en línea: <https://cudl.lib.cam.ac.uk/view/PR-TAB-B-00724-00126/1>

Nuevo y portentoso romance en que se declara cómo vnos Nobles Cavalleros y vn Sacerdote se vistieron las Carnestolendas de diablillos; refiérese cómo, passando el Santísimo Sacramento, todos se arrodillaron y se quitaron las máscaras para adorar a su Magestad menos el Sacerdote; y permitió este soberano Señor que, por su loca soberoia, se quedase con el horrible trage de Demonio. Sucedió en la ciudad de Malfeta. Refiérese cómo en Cicilia llovió sangre dos días. Con todo lo demás que verá el curioso lector. Biblioteca Nacional de España, VE 642-54.